

de cota de mallas, en incansable actividad y con una sincera devoción a la Madre de Dios durante toda su existencia, la cual está llena de hechos íntimamente relacionados con advocaciones marianas. Santo niño que conoce una fe a la cual es fiel hasta su muerte, que aprende unas devociones a las cuales nunca deja de invocar; guerrero que tras cruzar Sierra Morena en 1224 no descansa al servicio de la Cruz hasta alcanzar la desembocadura del Guadalquivir, hombre cuyo batallar le va desgastando y que, al llegarle el momento de su muerte, a pesar de los dolores, se arroja de la cama para postrarse ante el viático que el sacerdote le lleva: hasta el final el rey es ejemplar. Es el campeón de nuestra fe, en nuestra España, toda su vida la llena, la agota ese servir a la mejor causa, el Reino de Cristo. San Fernando, espejo de caballeros, venerable santo y ejemplar gobernante cristiano "*ad maiorem Dei gloriam*". Digamos nosotros también con él: "Pienso que Cristo está dentro de mí, y cierro los ojos para decir que Él es mi rey y yo queremos ser su caballero. Quiero sufrir trabajos por él en tierra de infieles y que su madre, la Gloriosa, es la mía Señora".

EVA MARÍA SÁNCHEZ RODRÍGUEZ

## HOMILÍA DEL P. AGUSTÍN ARREDONDO, S. J.

*Al hablar Cristo a los suyos de la irrupción futura del Espíritu en la vida de la Iglesia, llega a afirmar nada menos que la conveniencia para ellos de que Él se vaya y los deje (Io. 16.7). ¿Será posible? ¿Qué será entonces el Espíritu prometido para que la desaparición de Cristo les traiga cuenta?*

*Tal pregunta es que así entraba en los eternos planes de la divinidad, cuyo amor entre el Padre y el Hijo, procedente de ambos, es lo que nos explica la existencia del Espíritu. Así procedente de ambos tenía la Trinidad dispuesta la sobreabundante venida del Espíritu al mundo una vez glorificado Cristo, y una vez iniciada por Cristo nuestra glorificación, como complemento de su obra y defensa permanente de los hombres.*

*Pero, ¿por qué estaba así dispuesta por Dios la venida de su Espíritu? Pues por la distinta naturaleza del envío del Unigénito al mundo para redimirnos y enseñarnos a vivir, y de la posterior venida del Espíritu para asentar y defender la obra del Hijo en el espacio, en el tiempo y en la intensidad de una santificación universal, émula nada menos que de la perfección con que nuestro Padre Celestial es perfecto (Mt., 5, 48); eso nos enseñó Cristo.*

*Por más tiempo que Jesús hubiera perdurado entre nosotros, no iba a ser ilimitada su longevidad, que por otra parte habría de persistir circunscrita en el espacio concreto del cual nunca quiso salir, y para bien de los que le vieran en aquella etapa histórica conviviendo con Él. En cambio, la llegada del Espíritu a la tierra inicia otro trato de Dios con el hombre, y extiende por doquier la Santa Iglesia, la obra maestra de Cristo, la Internacional número uno, prolongación suya en una unidad corporal verdadera; la que a todos nos llama en todo tiempo a la más alta santificación, que es la suprema aspiración que al hombre puede caber; hasta ser testigo y defensor con el Defensor que es el Paráclito (1o, 14.16); hasta llegar, como creyentes en Cristo, a resplandecer ante el mundo con obras más brillantes (1o, 14.12) que las suyas propias, como Él dijo.*

*El Paráclito es defensor y abogado; así nos enseñó a llamarlo Cristo. Pero un defensor que también viene a argüir, convencer y condenar. La defensa de la verdad lleva siempre eso consigo: la reprobación de lo que diste de la verdad. Por eso en la Iglesia, como Jesús dijo, muestra desde entonces el error de los que no admiten la verdad, ostenta las proezas de quienes la atestiguan, e implanta eficazmente su talante decisivo ante un mundo perverso, cuyo detestable Príncipe queda así definitivamente destruido. Queda al descubierto un pecado, queda exaltada una lealtad, queda derrotado el enemigo. Así lo dice Cristo por San Juan (16.8).*

*Desde la primitiva Iglesia actúa así el Espíritu; y doce siglos después en la España del tercero de nuestros Fernandos, también. Es lo único que de él acabamos de decir en nuestra oración al Padre: que fue defensor de la Iglesia. Y esto es lo que vemos en él cuando promueve el bien en sus dominios, como cuando por el*

bien lucha durante veinticinco de los treinta y cinco años de su reinado. El único rey que tenemos en nuestra no vulgar historia que haya sido reconocido oficialmente como Santo. También por él el Espíritu convence, como dijo Cristo, de un pecado, de una justicia y de una condena.

Erraban no creyendo en Cristo; y Fernando hasta tal punto compromete su existencia en confesarle, que por ello recurre a la guerra, según cuentan las historias, resistiendo a los reparos que su gran madre, Berenguela, le proponía. "Carísima madre y Señora dulcísima —le dijo ante todos en el solemne inicio de sus campañas—, ¿qué me aprovecha el reino de Castilla que vos con vuestra abdicación me disteis; que mi matrimonio y honorífica unión con mi nobilísima esposa que vos me trajisteis de lejanas tierras; qué el celo con que prevenís todos mis deseos cumpliéndolos con maternal amor antes de que los conciba, si me entorpezco en la inacción, si se desvanece la flor de mi juventud sin fruto...? Ha llegado la hora señalada por el Dios Omnipotente, a menos que como desidioso y pusilánime lo quiera disimular, de servir a mi Señor Jesucristo, por el cual reúnan los Reyes, en la guerra contra el moro enemigo de nuestra santa fe, para gloria y exaltación de su nombre. Abierta está la puerta, patente el camino; tenemos paz en el reino, los moros arden en discordias, por nosotros está Jesucristo; por los moros, el infiel y dañado apóstata Mahoma. ¿Qué esperamos? Os suplico, madre mía, a quien debo cuanto tengo, después de Dios, me deis licencia para emprender la guerra". "Dicho esto —prosigue la Crónica— el Rey, cuyo corazón había llenado el Espíritu de Dios, se calló, y casi todos los circunstancias lloraban de emoción, viendo la resolución del Rey y su propósito glorioso".

Aquí se arguyen descaradamente los errores del Islam: queda, pues, el mundo convencido de un pecado. Aquí se registra la motivación toda de su vida: defensa de la Iglesia, providencia por su pecado, trato singular a su madre: es el Espíritu, demostrando la lealtad de Fernando a su misión: se ha dado, pues, así al mundo la prueba de una justicia. Y, en fin, de la derrota del Príncipe de este mundo que Jesús predijo, damos gracias a Dios los que gozamos del espíritu cristiano hoy, que en parte tan gran-

de le debemos, y cuya ausencia lamentaríamos, de no haber existido un hombre como Fernando.

Tal fue la gesta de este hombre en su mundo. ¿Y en el nuestro? Llène Dios por siempre de bendiciones al que ideó para nosotros el genial nombre de la Ciudad Católica. Si eso es lo que Fernando perseguía en las conquistas siempre logradas y en las que aun en África intentaba proseguir. Si el Rey se empeñó en una guerra cristiana, canonizada en su persona, apoyada por sumos pontífices con su consejo y su dinero, que recuerda las campañas de David y la epopeya de Judas Macabeo. Si tuvo a veces que detener la guerra, que fue lo suyo como vemos, para organizar cristianamente sus dominios, codificar leyes, concebir Las Partidas que habrían de ser obra de su hijo el Rey Sabio, gobernar personalmente fortiter et suaviter; porque, nos cuentan los Anales Toledanos, "ahorcó muchos hombres y coció muchos en calderas" —nadie se asuste: que de su padre el Rey de León nos cuenta el Tudense que hizo a algunos desollar vivos: cosas que difícilmente caben en nuestros cerebros de hoy —; aun esto lo hacía Fernando a veces para raer cualquier pertinaz rebelión enemiga de su ciudad católica; al mismo tiempo instituye para asesoramiento propio el germen de lo que luego serían los Consejos del Reino; codifica las leyes, traduce el Fuero Juzgo; legisla en castellano e impulsa el florecimiento jurídico que detonará luminoso en los días de Alfonso el Sabio. En su tiempo pasan las ciencias de los monasterios a las catedrales, de las catedrales a las escuelas públicas, se consolidan los seminarios-universidades de Palencia y Salamanca y se robustece la vida municipal.

La severidad ocasional de Fernando, antes aludida, no impidió a un historiador musulmán adversario calificarlo de hombre dulce —porque lo era— y de sentido político. Riguroso, sí con los apóstatas, pero tolerante con los judíos, y generoso hasta la sorpresa con los vencidos que se le rendían.

Se sorprende aquel carcelero de Macedonia al ver que Pablo y Silas han renunciado a la huida tras aquel terremoto liberador que hemos leído; y ese gesto transforma al vigilante que abraza enseguida la fe (Act. 16.30). Lo mismo se dice a veces de los jefes musulmanes que, vencidos por Fernando y sorprendidos de su

*inesperada humanidad acaban abrazando la fe de Cristo. Eso es conquista; eso es victoria, la más estimable. Pescar hombres, como Cristo quiso (Mt., 4.19), es lo más difícil que se puede pescar: vencer convenciendo. Esta tuvo que ser para él la suma ambición de todas sus campañas. Y esta es para nosotros la atractiva tarea de seguirle.*

*Cabe él vemos cada año más y más de los que así pensaban con nosotros, y venían uno y otro año a lo que nosotros seguimos viniendo; nuestra plegaria por los que con aportaciones y conveniencia nos enriquecieron; nuestra alegría y alborozo por creernos antes Dios en nuestro sitio: sí, que nos oyer y nos leen a veces en lugares y ocasiones que ni sospechamos, desde los tiempos del salmo XVIII en que el mensaje divino, que creemos difundir, se lo contaba por doquier la noche a la noche y el día al día. Y Fernando, santo y rey, nos conceda a todos lo dicho por Cristo a los discípulos que volvían victoriosos de aquella campaña apostólica, y la Iglesia recuerda hoy en la liturgia y se lo aplica a San Fernando: "Veía yo a Satanás caer del cielo como un rayo. Yo os he dado poder para andar sobre serpientes y escorpiones, y sobre todo poder enemigo, que nada os dañará. Mas no os alegréis de que los espíritus os están sometidos; alegraos más bien de que vuestros nombres están escritos en los cielos (Lc., 10.18).*

## DISCURSO DE MARÍA JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA

*Queridos amigos:*

*Aunque me parece mentira, son ya diez años los que nos separan de la primera vez que os dirigí la palabra con motivo de esta misma celebración. En aquella ocasión, la inexperiencia y el entusiasmo de los pocos años impidieron que la vergüenza o la conciencia de mis pocos méritos me dejaran sin habla. La ignorancia es atrevida, según dicen. Hoy me dirijo a vosotros con algo más de prudencia, aunque con la misma ilusión en mi corazón.*